

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo B)

El domingo pasado se nos recordaba en las lecturas la presencia de Dios entre nosotros. Hoy se nos invita a no desaprovechar el momento presente. La invitación de Dios es insistente, y no se puede postergar la respuesta.

En la primera lectura se nos muestra cómo el pueblo de Nínive acogió la llamada a la conversión del profeta.

Y san Pablo nos dice que «el momento es apremiante».

Con otras palabras, en el evangelio se nos indica la inmediatez del reino de Dios. Comentando la presura con que Andrés y Pedro siguieron a Jesús cuando este los llamó, escribe san Jerónimo: «La fe verdadera no conoce intervalo; tan pronto le oye, cree, sigue, y se convierte en pescador de hombres». Responder sin dilación.

Podríamos preguntarnos cuántas veces no hemos retrasado la llamada que Dios nos ha hecho, y cuánto bien no ha dejado de hacerse por esa causa.

Las escenas del evangelio de hoy son elocuentes: Andrés y su hermano, al igual que los hijos del Zebedeo, no estaban desaprovechando el tiempo. Bien al contrario, unos estaban echando el copo y los otros remendando las redes. Ambas eran ocupaciones honestas. Pero Jesús les llama a algo más alto y ellos inmediatamente, dejando incluso a su padre con los jornaleros lo siguieron. La llamada apostólica no admite excusas, porque nada es más importante que el anuncio del Evangelio. Dios no dirige esta llamada a todos, pero sí que sirve para todos.

San Alfonso María de Ligorio abandonó una prometedor carrera de abogado, y Santo Tomás de Aquino huyó de ser abad. Otros santos lo han dejado todo para consagrarse al servicio de Cristo.

Son llamadas particulares en las que se cumple su vocación y al mismo tiempo son un signo para nosotros. Ver que hay personas que renuncian a formar una familia o a una carrera profesional para dedicarse al apostolado o consagrarse a la oración nos ayuda a entender la llamada a la «conversión» de que habla el evangelio. Si no hubiera personas que radicalmente lo dejaran todo, ¿seríamos capaces nosotros de intentar pequeños cambios en nuestra vida?

Aprovechemos este día para dar gracias por todos los religiosos de vida contemplativa, que nos enseñan la fugacidad del mundo presente de la que nos hablaba el apóstol. Por ellos se nos recuerda la transitoriedad de la vida y los bienes futuros.

Demos gracias también por todos los que, laicos o consagrados, renuncian a comodidades, ascensos, ganancias o prestigio, para servir al Evangelio. Ellos nos incitan a entregarnos más al Señor y ponernos a su servicio.

Gracias, Señor, por la familia de la Iglesia en la que nos ayudamos mutuamente.